

31/8 67/4



EL AMIGO DE LA INFANCIA

M. SAHARUN

Año LXI

Madrid, 2 de julio de 1934

Número 26



Verdebello y el Pájaro Sastre

Estaba la hoja verdebello quejándose: "Ay que ver, ¡qué aburrido es esto, todo el santo día no pasa nada; yo extendidita, extendidita que me dé el sol; sin una arruga,

lisita, lisita, lisita, grande como pocas, sin que haya logrado el aire romperme, que por eso he dado la vuelta siempre que le oía llegar, y aquí estoy muerta de aburrimiento!"

Pasó por allí un pajarito, y le dijo al árbol:

—Oye, tú que tienes tantas hojas y tan hermosas, ¿quieres darme una para mi nido.

—No—dijo el árbol—. Que a todas las quiero y no quisiese perder ninguna.

—Si te la dejo colgada, tú, que tienes tanta fuerza, bien me podrás sostener a mí y a mi casita; con lo poco que peso.

—Bueno—dijo el árbol—; si hay alguna hoja que se preste a ello, cógela.

Entonces fué el pajarito preguntando de hoja en hoja; pero ninguna quería. Por fin llegó a Verdebello y le dijo:

—¿Quieres servirme de casa, para que yo tenga dónde poner mis huevos?

Verdebello se echó a reír.

—¿Pero no ves que soy muy lisita y se van a caer al suelo?

—No se caen—dijo el pajarito—; si tú me dejas que te cosa como si fueras un cucurucho.

—¿Pero es que sabes coser?

—Claro, por eso me llamo Pájaro-sastre.
—¡Qué gracioso—dijo la hoja; bueno cóseme.

El pajarito le hizo unos boquetitos en el borde con su pico. Luego fué a casa de la señora Enredadera, que vivía en frente, y le pidió hilo fuertecito. Luego volvió, pasó el hilo por los boquetitos y ya estaba el nido. Pusó sus huevecitos dentro y al salir los pajaritos la hoja los mecía, diciendo:

—No soy solamente casa, que también soy cuna.

Y las demás hojas decían:

—Déjanos ver a tus pajaritos.

Y Verdebello respondía:

—Ahora no, que están dormiditos; luego, luego.

Cuando se despertaban los pajaritos metían mucho ruido; pero al llegar la noche llegaba el Señor Viento y entonces, asustaditos, se metían en su casita y se quedaban dormidos.

C. F. B.

La Golondrina y el Gorrión

(Canción)

La golondrina construyó
un nido y vino el gorrión.
Ella le dijo: "Márchate, que
yo esta casa edifiqué."

"No—dijo—, yo me quedaré,
que aquí se está la mar de bien."

"Es mío el nido, gorrión."

"No importa, aquí me quedo yo."

Y habló la golondrina:

"Te lo regalo a ti,

que yo me haré un nido
y viviré feliz."

Así se hizo otro nido,
alegre y sin pensar
y cinco pajarillos en él
piando están.

Los niños de la escuela
los miran con placer.
Ven a la marmanita
que les da a comer.

José no cumple con su obligación

La viuda de Gómez vivía con sus dos hijos en un cuarto piso de una gran casa de vecindad. El padre había muerto en la guerra. Ella vivía escasamente de una pequeña renta. Toda su alegría eran sus dos hijos: José, de trece años, e Isabel, de once. Cuando los dos salían del colegio tenía la madre ya la mesa puesta, y estaba satisfecha si traían buen apetito.

También hoy esperaba a los dos, que solían venir juntos. Miraba hacia la calle. Era a principios de otoño. Los árboles ya esparcían sus hojas secas por la acera. Llamaban con violencia a la puerta. Ella abrió. Era Isabel; había venido sola.

—¿Qué pasa?—dijo la madre—. ¿No has visto a Pepe?

—No, dijo Isabel, y entró de prisa en la habitación. La madre fué a la cocina por la comida; entretanto que lo dejaba todo listo, vendría José también. Isabel se sentó en una silla en un rincón sin decir nada. La madre no había dado atención a Isabel, si no le hubiera chocado su manera tan rara de comportarse. Entretanto, vino también José, muy colorado, casi sin aliento; había jugado y correteado con un amigo. Se pusieron a la mesa y José dijo la oración. Luego empezaron a comer. Por fin, la madre, se fijó en su hija. Tenía la cara muy encendida y meneaba la sopa con su cuchara, cosa que no solía hacer nunca.

—Que hay, Isabel, ¿no tienes ganas?—dijo la madre.

Entonces Isabel empezó a comer un poco.

—¿Qué le pasa hoy a Isabel?, observó ahora José también, después de haberse comido su primer plato de sopa rápidamente.

—¿Estás enferma, Isabel?—, preguntó la madre de nuevo.

—No sé; no tengo nada, dijo Isabel; pero cualquiera podía ver que algo la pasaba.

—Hija, parece que tus ojos arden, ¿tendrás calentura? La madre tocó la frente de su hija: estaba ardiente.

Pero, desde luego, tienes mucha calentura, debes sentirte mal. Entonces la salieron las lágrimas y con dificultad comió un poquito de sopa.

—Bueno, vete a la cama—dijo la madre. Isabel, en efecto, se sentía tan débil, que ya no podía esconder su enfermedad más tiempo, y se dejó llevar al dormitorio, donde pronto le entró un escalofrío enorme. La madre y José acabaron su comida enseguida. Luego dijo la madre: Voy de prisa al médico. Me parece que Isabel tiene mucha fiebre. Tú te quedas, entretanto, aquí en la habitación. Mejor será que no estés con ella, por si es contagiosa la enfermedad". Se marchó la madre y José se trajo un libro y empezó a leer.

Dentro de un rato ella volvió. El médico no vivía muy lejos. Preparó algunos paños y los puso al lado de la cama. También traía agua caliente en una jarra. Entretanto ya vino el médico: un señor de edad, muy amable, al cual José quería y respetaba. El mismo pensaba ser médico un día.

Después de reconocer a Isabel, el doctor puso una cara muy seria.

—Su hija, querida señora, tiene mucha calentura; pronto estará delirando. Me temo que va ser una pulmonía. Quédese toda la tarde con la niña, renueve los fomentos muy a menudo y déle la medicina cada media hora.

Sacó de su bolsillo un bloque, escribió algo de prisa, arrancó una hoja y dijo: "Hay que ir por esta medicina enseguida". Despidiéndose el médico dijo, animándola: ya

se pondrá mejor pronto. Luego se marchó. La madre se dirigió a José. Ahora, hijo, vas por la medicina a la farmacia. Dejas la receta allí. Entonces José puso una cara contrariada. Tenía una cita con sus amigos para esta tarde, para una lucha greco-romana en el jardín de Francisco. Ahora se lo iba a impedir esta enfermedad inoportuna de su hermana.

—Pero, ¿después me podré marchar?

—Esto es completamente imposible, me haces mucha falta.

José cogió la receta del médico y salió corriendo sin despedirse. Toda la tarde se la iban a estropear.

La farmacia estaba a una distancia de media hora. José pensaba: Si me doy prisa estaré de vuelta temprano, y luego mamá me dejará marchar aun.

Cuando estaba delante de la farmacia, daban las dos en el reloj de la torre de la iglesia próxima.

Ya son las dos, ya empiezan, dijo José a sí mismo, rabiando.

Cuando entró en la farmacia, reinaba allí un silencio solemne. Pasó un ratito antes de que se oyesen unos pasos apresurados y suaves. Vino uno con un guardapolvo blanco, el farmacéutico. José entregó el papel. El farmacéutico lo cogió y dijo: tendrás que esperar media hora, supongo que tienes tiempo.

—Bueno, me voy por un momento, luego volveré a recogerlo.

—Está bien, dijo el farmacéutico, digamos entonces tres cuartos de hora.

(Continuará.)

CHISTES

La mamá.—¿Ya te he pillado! ¡Tú eres el que bebes el anís!

El niño.—Yo no he sido. Ha sido el bizcocho, y para castigarle me lo he comido.

* * *

—¿Cómo es que has colgado el retrato de tía con una cuerda tan fina y el del tío con ese cordel tan grueso?

—Papá, porque el tío ya sabes que pesaba 130 kilos.

* * *

En clase de geografía:

Profesor.—¿Cuántas son las cinco partes del mundo?

Alumno.—Las cuatro partes del mundo son tres: Europa y Asia.

El profesor se queda parado.

Tócale el turno a otro alumno:

Profesor.—Dime, Manolito, ¿dónde está San Sebastián?

Alumno.—Pues... en el cielo.

El profesor se queda completamente desconcertado y da por terminada la clase.

* * *

—Pero, ¿qué significa ese lloriqueo?

—Porque no quiero ir al colegio.

—¿Y por qué no, hijo mío?

—Porque se empeñan en enseñarme una porción de cosas que yo no sé.

PARECIDOS

—¿En qué se parece un 9 a un pavo real?

—En que sin cola no vale nada.

* * *

—¿En qué se parece un ascensor al franco, moneda francesa?

—En que los dos suben y bajan.

PRECIO DE SUSCRIPCION: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.

Imp. Castilla - Marqués de Urquijo.